

que de ganarse llevaría ese cambio social, había que intentar un acercamiento de temática y lenguaje a las masas populares.

Los objetivos se consiguieron a medias. Nunca se llegó a entrar en contacto real y masivo con el pueblo combatiente y hubo el peligro de que lo que se trataba de una táctica de coyuntura, acaba-

ra por convertirse en dogma cultural, con una visión filisteica y estrecha del socialismo realista. No obstante, hubo otras compensaciones tanto de orden propagandístico como literario: en ocasiones "El Mono Azul" se hizo receptor de la solidaridad de muchos intelectuales extranjeros que prestaron su pluma y su

prestigio en sus países de origen para hacer campaña en favor de la causa republicana. En otro sentido, y salvando artículos, romances y críticas desafortunadas fruto del apasionamiento y la ligereza, la verdad es que en la revista de los Intelectuales Antifascistas se escribieron algunos de los más bellos artículos y roman-

ces que se han hecho sobre la guerra civil española.

El autor, que dedica casi la mitad de su obra al teatro "de Arte y Propaganda", tanto en la etapa republicana como en esta de los años de guerra civil, completa de esta manera el panorama cultural literario que animó a los escritores del bando republicano. Como él mismo ha dicho en el prólogo: "Inevitablemente... muchas de las cosas que entonces ocurrieron nos han hecho pensar en otras sucedidas después". ■ RAMIRO CRISTOBAL.

## ADIOS A LAS LETRAS

### Las ruedas de mi carreta

*Van a 'dar el premio Heliodoro en España.*

*Heliodoro es un buen nombre para un premio que te puede hacer de oro, valga la redundancia.*

*No me lo darán a mí, porque no me he presentado. Sobre este premio ha habido escasas elucubraciones. Todo el mundo sabe por qué: porque no lo ha convocado mi amigo José Manuel Lara. Si Lara hubiera convocado el premio, ya hubiera circulado mi nombre, o el de Manuel Vázquez Montalbán, como probable ganador.*

*El nombre que nunca circula, quizá porque no está bien engrasado, es el de Fernando Vizcaino Casas. Claro que eso le pasa porque no cree en los premios, ni siquiera acepta las jugarretas del Premio Nobel que, dice él, que es un politizado entre los politizados de España, que los suecos lo han llenado de prejuicios políticos.*

*Diez millones de pesetas por una novela vale más que mil palabras. Si la novela premiada es corta, el autor será afortunado doblemente, porque la ley del mínimo esfuerzo es una normativa cuyo cumplimiento hace sabios a sus practicantes.*

*Todavía no han inventado el premio para los polemistas, ahora que está resurgiendo el género. Sánchez Dragó y Azancot han protagonizado últimamente, en las páginas del diario "El País", una polémica que, hasta cuando escribo, parecía que iba a ser breve, porque tanto uno como otro daban a entender que el contrincante no tenía talla. En esto era más radical el primero de los citados: aseguraba que no iba a permitir que nadie cogiera del rabo la fama chupando de su rueda. La verdad es que nadie debe chupar las ruedas de nadie, ni siquiera la Goodyear, que fue la multinacional que las inventó.*

*Yo tampoco estoy dispuesto a que nadie se haga famoso chupando de mis ruedas. Ni de mis ruedas ni de mis ejes, que no los tengo engrasados.*

*Antes se decía que uno andaba sobre ruedas, o que a uno le andaban sobre ruedas las cosas, cuando todo iba bien. Ahora se tienen ruedas porque uno es famoso. Y no hay que asustarse del cambio de los refranes, porque, al fin y al cabo,*



Azancot y Sánchez Dragó.

*los latinos nos enseñaron que la fama volaba. Y nada vuela mejor que aquello que sigue en el suelo. Hasta las ruedas de los aviones buscan el calor del suelo cuando se acercan a los aeropuertos. Volar le viene mal a la fama y a la rueda.*

*No sé cómo va a terminar la diatriba entre Sánchez Dragó y Azancot, pero la observo desde aquí con esa percepción que me da la vejez espiritual de haber asistido a otras polémicas en las que los caballeros se toman por separado la pipa de la paz de De Quincey y deciden darse a sí mismos las razones a sus argumentos. Para que fueran aprendiendo autocrítica, los polemistas deberían presentarse a los concursos, buscar entre tanto jurado suelto que hay en el país aquel que sea capaz de distinguir un buen polemista de aquel que no lo es. En fin, despertar un gusto competitivo por la polémica. Que llegue la sangre al río, pero con un jurado, que siempre queda mucho más oficial.*

*Un buen presidente del jurado de las polémicas podría ser, aunque sea para chupar cámara, José Manuel Lara, ahora que se me ocurre. Para editoriales podría volver a nacer —a él no le importaría— don Ramón María del Valle-Inclán. Lara aprovecharía, en medio del contubernio, para darle el Planeta. ■ SILVESTRE CODAC.*

### Roth, el profesor

Philip Roth vende en España como lectura casi porno. Y nada hay más alejado de la pornografía que la novela de este americano, de cuarenta y cinco años, judío y autor de novela de iniciación, de educaciones sentimentales y, como en la que nos ocupa hoy, literarias.

El profesor del deseo (1) cuenta la historia de David Kepesh: un discurso que es un buceo casi psicoanalítico y que se plantea, desde el interior mismo de la novela, como simple discurso. Pero sobre los temas que importan, sobre la existencia, sobre las relaciones amorosas, sobre la muerte y la vejez, sobre la enseñanza y la juventud.

Escrita en una convincente y directa primera persona, la novela empieza siendo la narración recordada de la propia vida, en un travelling de fuera a dentro: maestros que marcaron una infancia tan americana, tan de la guerra; la familia judía, absorbente y liberal a un tiempo; los viajes y los primeros amores. Más tarde, a la vera del fracaso y un renacimiento amoroso, la novela se resolverá como un discurso académico que no sorprende para nada, porque toda ella está cuajada de referencias literarias. Una lectura de Kafka, por ejemplo, en el ámbito de una Praga mitológica, se va a convertir en la puesta en cuestión de los procedimientos de la crítica literaria. Y las constantes referencias a Chejov, sobre el que el ya profesor de Literatura David Kepesh prepara un trabajo, son el contrapunto constante a su obra.

(1) Philip Roth: El profesor del deseo. Ed. Grijalbo. Barcelona, 1979.